HACIA UNA SOCIOLOGÍA DE LA IGNORANCIA

Joseph Hodara*

Las virtudes de la ignorancia

La observación convergente de varios hechos empíricos, tanto en países industrializados como en sociedades de menor especialización estructural e ingreso, justifica un nuevo género de indagación que diversificaría el campo de las ciencias sociales. Se trata de la *sociología de la ignorancia*.

En su momento, Bacon acuñó la memorable sentencia: "Saber es Poder." La tesis que hilará mis argumentos es, en gran medida, su rival: "Ignorancia es Poder." Hasta la fecha, el conveniente desliz, el celebrado "acto fallido", la torcedura de los datos, se han percibido como puntual escapismo, acertado olvido o excusable disculpa en el espacio interno de los individuos y en los canjes que se verifican en la sociedad. Pero la ignorancia que aquí refiero es un *artefacto estructural*, inteligentemente montado, que sólo en parte acentúa y difunde "la falsa conciencia" señalada por el marxismo. Porque este dispositivo apareja efectos más amplios: institucionaliza un régimen de desinformación que deforma o sesga decisiones en la cúspide del poder, disimula y entorpece el conocimiento público, y engaña sin malicia impugnabile a los ciudadanos, que a su turno se autoengañan.

Presentaré con este curso de ideas un surtido de reflexiones exploratorias en torno a la ignorancia como *estructura social* y algunas de sus ramificaciones. Deseo parir un tema que tiene por objeto dilucidar la *lógica* de la oscuridad cognitiva, a veces inocente y a veces deliberada,

* Universidad de Bar Ilan, Israel.

Joseph Hodara

pero siempre funcional, con el propósito de identificar mecanismos sutiles de opacamiento del saber, que actores encumbrados y la propia sociedad administran y consumen, padecen y aprovechan. Confieso que, por timidez o por miedo a provocar el convencional ridículo, o a manumitir los demonios que protegen a los enunciados engañosos que calan hondo en cualquier sociedad, sólo me atrevo a sugerir ideas e hipótesis. Nada más, nada menos.

La inocente perversidad de los expertos

La ingerencia –por no decir asalto– de los expertos en y al sector público y privado así como las influencias que disparan al conjunto comunitario pueden tomar la forma, deliberada o brumosa, de una monopolización petulante del saber.

Este influjo distorsionante no es nuevo. En la Edad Media escolástica, por ejemplo, proliferaron los signos de alianza entre hombres de poder y hombres de contemplación. De hecho y por añadidura, la creación de las universidades –debidamente amparadas desde el siglo XI por bulas papales– fortaleció este entendimiento. Las instituciones de educación superior, levantadas algunas por la propia Iglesia con el designio de formar burócratas leales, y otras por iniciativa de estudiantes, más amantes de la irresponsabilidad festiva que de la grave sapiencia, forjaron recursos intelectuales de diverso jaez. Hoy, muchos de los hijos de estas instituciones constituyen una suerte de *cartel* cognitivo que con frecuencia apuntala, y a veces objeta, al Príncipe, y distorsiona por malicia o por ineptitud la reflexión social.

La clave de este poder sutil de los especialistas es el peso creciente de la información en la sociedad moderna, además de la reverencia, entre ceremonial y genuina, que se le dispensa por la afinidad que exhiben con las tradiciones y papeles de los intelectuales.

Por vocación o por imperativo funcional, los políticos contemporáneos –con saber pertinente o con desinformación disimulada– deben asumir decisiones y presumiblemente dar cuentas por ellas y les es indispensable preservar la legitimidad de su ejercicio. Los estilos difie-

UNA SOCIOLOGÍA DE LA IGNORANCIA

ren en los variados países y regímenes. En cualquier caso, ocurre a menudo que los ciudadanos que, en los hechos o al calor de ilusiones, escogieron a estos políticos conocen con rezago y a través de ondas deformantes la sustancia de estas decisiones. O peor sufren las consecuencias de algún extravío que en verdad se incubó en la cúspide pero que ellos adjudican a la Providencia o al Destino –según la semiótica social de moda– por efectos de la ignorancia compartida.

Los especialistas –transfiguraciones, como se dijo, de genuinos o presuntos intelectuales– gozan en contraste de una situación algo más afortunada: dan consejos –inteligentes o disparatados con rendición *sublimada* o difusa, en el mejor de los casos, de cuentas y de responsabilidad por las consecuencias de estos consejos. Sin embargo, este ejercicio no es trivial. Los expertos son manipulados y lisiados por las fuentes de información de sus homólogos, o bien internalizan sin escrutinio los equívocos que la propia sociedad produce y consume. De este modo se gesta un ciclo de ignorancia dinámica que se autoalimenta y amplifica. Así, los expertos confieren legitimidad y sustento a las *estrategias de la ignorancia* pues el público –incluyendo políticos, empresarios y periodistas– dispensan a estos presuntos sabios un crédito abultado, por inercia o por irreflexión.

Naturalmente, en algún instante futuro y con razonable probabilidad, un maligno historiador, celoso de su oficio, descubrirá tal vez la gravitación ambivalente de estos especialistas que se acomodaron, con guiños codificados y discreta soberbia, detrás de tronos y micrófonos. En la generalidad de los casos, este maridaje entre expertos, por un lado, que dosifican información aconsejable y supuestamente fiable, y los políticos, por otro, que asumen con ardor decisiones y directrices, conviene a las partes. Así dividen el trabajo. Trabajo que efectúan con rigor o frívolamente, con sensatez o con desatinos, emitiendo informes genuinos o ceremoniales al público que los escogió o que los tolera. Reto formidable para el futuro analista: quién, cómo y por qué fabricó y se fabricaron estas ficciones que jamás fueron desmentidas por el discurso *público* (pues hay otro: el hablar codificado de la sabiduría popular) y cómo éste retroalimentó, a su vez, las estafas de la información.

Max Weber anticipó, ya se sabe, que una hipotética colisión de *ethos*,

Joseph Hodara

de inclinaciones estéticas y morales, lleva a una gradual incomunicación entre el saber y el poder, o al menos a una conflictiva alianza entre sus representantes de turno. Anticipación desbordada, a mi juicio.

Es cierto: fricciones suelen consignarse en el marco de una escisión solidaria de tareas que al cabo se transforma en *mutua victimología*. Pues los poseedores del saber se imaginan rehenes del poder, y, en contrapartida, los políticos deben apelar a expertos —que a menudo desprecian o consideran extraviados— a causa del diluvio informativo o por los imperativos de la modernidad.

Se trata de un matrimonio forzado y apenas democrático. Sin embargo, merced a la estampida de la ciencia en los corredores del poder (un ejemplo: la celebrada "pérdida de la virginidad" —según Oppenheimer— como resultado de la militarización tecnológica de la sociedad industrial) suele malograr los términos de este pacto conflictivo.

Así los especialistas toman amplios controles sociales, aunque permiten a los políticos la figuración pública y el registro narcisista en la Historia. Un riesgo bien tasado: si los hombres de poder aciertan, sus consejeros también serán evocados; y si yerran, la responsabilidad por el desatino será incompatible. No atendieron a los sabios de su corte. En todos los casos, la sociedad coetánea permanece en una densa o delgada —depende de los sistemas y regímenes— oscuridad informática. Apenas vislumbra o conjetura estas alianzas inconvenientes y esta inconveniente incomunicación. Pero como se verá, también la sociedad civil se beneficia de estos equívocos institucionalizados. Más: es víctima pero es cómplice.

Ciertamente, este proceso condujo y conduce a un severo desgajamiento de los sistemas parlamentarios en particular, y del andamiaje político en general. He aquí el germen de la esterilidad de robustos diputados. En práctica habitual, legislan y aprueban directrices con base en documentos confeccionados por escribas que apenas conocen. Y con frecuencia, los ilustrados representantes del público no aciertan a interpretar una realidad o a descifrar un documento (ejemplos: leer un mapa, examinar un balance, desembrollar un gráfico, medir los costos de una guerra o de un desliz en las tasas de interés o de la moneda) sin apoyarse en asesores que *les traducen* esas realidades tipografiadas conforme a

UNA SOCIOLOGÍA DE LA IGNORANCIA

"paradigmas", a intereses intelectuales, y a grados de sensatez y desatino que el Príncipe y sus augustos representantes ignoran.

En algunos casos, la connivencia entre el gobernante y el especialista es feliz: ilumina decisiones acertadas. Pero en muchos conduce a la catástrofe, pues la ignorancia se eleva al cuadrado: se multiplica y comparte por dos.

Este resultado no ocurre necesariamente por malicia. El esotérico lenguaje del conocimiento avanzado en el que se manifiestan gozosamente los especialistas suele procrear embrollos sintácticos y giros extraños. En estas circunstancias, pocos manipuladores de la cosa pública pueden descifrar este código, normado por una semiótica intrincada que interpreta o fabula asuntos como la hiperinflación, los juegos de suma cero, la carrera espacial, o las nuevas tendencias en las finanzas mundiales.

Claro: si la disparidad o el disentimiento lingüísticos se imponen, el político se despeña trágicamente en errores colosales. De cierta manera, esta atadura de los políticos con el error genuino o el acierto deformado guarda afinidad con el intrínseco enjaulamiento de expertos en sus paradigmas envejecidos. En cualquier caso, y con palabras más rigurosas y acaso de rigor en este tramo: decidir en una *niebla cognitiva* lleva a subidos costos sociales, así como a prenderse de un esquema científico conceptualmente agotado que entraña la parálisis epistemológica y la probabilidad bienhechora de una ulterior revolución intelectual.

Empero, esta neblina que distorsiona realidades no es por fuerza un expediente deliberado del experto para controlar con razonada fineza a los hombres de poder. También el especialista —ya se adelantó— es víctima de las desfiguraciones sustantivas y epistemológicas de los políticos, y ambos, de las torceduras heredadas. En todos los casos, la sociedad civil padece los resultados de esta sistémica ignorancia que emana, con ferviente holgura, desde la cúspide. Pero a su turno la reproduce. Y con holgura.

Conviene ahora atisbar desde otro ángulo cómo procede esta ilustrada sociología del oscurantismo que tiene, por supuesto, origen y resortes estructurales.

Joseph Hodara

La desinformación sistémica

Oscilaré en estas reflexiones, con fines ilustrativos, entre dos extremos que al cabo, con deliberación o sin designio alguno, gestan y reproducen ignorancias colectivas.

Uno es *la mentira compacta*, o la verdad a medias, propaladas por los vehículos de información. Y otro es *el mito*, de franca intención apolo-gética o interesadamente etiológica. (Excusará el lector estas inclemencias del lenguaje; son costos de una precisión ineludible.)

En cuanto al primer extremo: el engaño pertinaz, crónico, es una constante en sociedades donde el recurso informático se despliega pira-midalmente, sin ensamblajes o dispositivos compensadores. El flujo de las noticias sobre actos y datos transcurre sin tropiezos ni censura. Nadie los escrutra. Este hecho ocurre tanto en países subdesarrollados, con sus tiranías perfectas o imperfectas, como en sociedades industriales totali-tarias. En los primeros, el analfabetismo extendido, la *imaginología* (para invocar al nuevo señor K.) que propagan los medios electrónicos —que a su vez generan otro tipo de analfabetismo— y el desaliento cultural que la estrechez económica engendra, facilita en las sociedades en desarrollo (desarrollo: ¿hacia dónde?, ¿para qué?) el registro torcido de la realidad; un Gutenberg nada podría hacer contra estas adversidades. Y en las otras, en los reinos de la burocracia total y de las rituales utopías, el terror interno organizado confiere fidelidad estricta a los informes especializados. No hay otros.

No se conjeture que los regímenes democráticos se eximen de la estampida imperfecta de conocimientos. Encuestas confiables que se efectuaron en estos contextos indican que un segmento muy delgado de ciudadanos se interesa vivamente por lo que en verdad ocurre, y pocos cultivan la pluralidad de interpretaciones, y las excepciones atienden los datos empíricos. Pero si se descarta la apatía personal, que se presenta en todos los recodos y rincones, aparte de insuficiencias estructurales que pesan en economías rezagadas, los miembros de estas sociedades poseen *en principio* recursos institucionales para discutir y consignar lealmente los hechos colectivos, con fina y depurada información.

UNA SOCIOLOGÍA DE LA IGNORANCIA

En el otro extremo se encuentra el mito, creencia socialmente funcional e ingenua ignorancia, que los hechos descartan. A lo sumo, el mito los inventa, los prefigura o los tergiversa para ganar legitimidad, adictos y poderes de convicción. Forma parte de la metapolítica. Aunque la funcionalidad del mito se afinque en pecados o engaños primordiales, puede desempeñar sin embargo un papel positivo. Por ejemplo, en la formación de identidades nacionales y solidarias que se alimentan de una mitología didáctica, formativa. Hasta el momento inevitable en que, por el astuto canje de los tiempos e intereses, la historiografía crítica –para sagrada indignación de los defensores de simbologías y semióticas seculares– le levanta un tribunal equilibrado y revela la leve vacuidad del mito. Entonces se desbarranca, y con él la configuración social que fabuló y legitimó. Mordiente destino.

En varios países subdesarrollados se observa un tipo de *ignorancia instantánea*, que se difunde por obra de las insuficiencias ya apuntadas o por miedos organizados que los poderes dominantes abonan; en las economías industriales, la ignorancia es más holgada, reposa en sentimientos primitivos estrangulados y se desenvuelve con sofisticación. Su desarraigo –si y cuando ocurre– suele provocar el escándalo de los guardianes de la funcional ignorancia. De este modo, los expedientes del oscurantismo organizado se presentan con estructuras y estilos singulares, pero comparten rasgos que alientan a la indagación que aquí se pretende iluminar.

33

Relieves del conocimiento

Es importante subrayar que el estudio social de la ignorancia no es exactamente la contrapartida o el anverso de la sociología del saber. Es algo nuevo, distinguible. La dinámica de la ignorancia supera los contextos de clase, los tipos nacionales y las sectas, en cuanto infraestructuras que condicionan lo que en realidad acontece y se proyecta. No se constriñe esta dinámica de opacamiento cognitivo a un examen de grupos y de sus intereses particulares. *Su objeto es la comunidad entera que manufactura y demanda ignorancia.*

Joseph Hodara

Ciertamente, se notan afinidades entre la convencional sociología del saber (à la Scheler o à la Mannheim) y el ejercicio sistemático de la penumbra informática; pero las cuestiones que cada inquisición plantea son dispares.

Vale reiterar: las limitaciones o la validez parcial del conocimiento son ocupación clásica de la sociología del saber. Acaso Bacon, al apreciar el efecto distorsionante de los "ídolos", las anticipó con razonable lucidez. Después, Marx habrá de elaborarlas, y Berger-Lochman distinguirán formas más sutiles en el acto de asir y esquivar el conocimiento de la realidad.

Cabe añadir que la relativización contextual del saber ha afectado incluso a sentencias lógico-matemáticas. No sólo añejas paradojas del tipo "afirmo que todos los cretenses dicen mentiras" conmovieron las bases del razonamiento lógico al conducir a una regresión infinita. Como se sabe, las matemáticas modernas han sabido aprovechar las tensiones de estas paradojas. Idéntico juicio podría aplicarse a la historiografía crítica: a pesar de mitos inesquivables y de creencias convenientes, aún puede cultivar la aptitud para discernir la verdad y para la mesurada interpretación de hechos cardinales y pormenores elocuentes.

A la sociología de la ignorancia le conciernen más bien y en mesurado contraste, las *estructuras genéricas* que crean y difunden desinformación. Le interesa, en suma, *la ignorancia socialmente importante*. Pues hay desconocimientos ingenuos y banales. Estos no son pertinentes.

Los tipos de ignorancia

La calidad social de la ignorancia depende de varias circunstancias. Por un lado, se observan ignorancias que dimanen de un saber cerrado, inasequible, de precaria transcendencia colectiva. Y por otro, las hay que afectan a toda la comunidad. Por ejemplo, tener noticia de la gimnasia que practiqué esta mañana es importante para mí, pero es anodino o marginal para los demás. En cambio, un secreto industrial o militar es socialmente de bulto; atañe a un público considerable.

Pero aparte del secreto —que encierra intrínsecamente varias dimen-

UNA SOCIOLOGÍA DE LA IGNORANCIA

siones y capas— cabe advertir asuntos que quedan en la oscuridad, *como si no existieran*. Los "desaparecidos" en algunos países dictatoriales; los "asesinatos inexplicables" ocurridos en diversos regímenes; el ocultamiento de las causas que distorsionan el reparto del ingreso o el descalabro de la moneda: éstos son casos de noticias difuminadas, que apenas se susurran. Predicar la no existencia social de lo que se verificó o se verifica es una modalidad astuta de diseminar la ignorancia. Pues lo que no existe no se piensa ni se registra.

Sin embargo, una ignorancia socialmente importante puede ser legítima en el marco de un código aceptado. Repárese en la lógica superior del cuidado del secreto militar, o en el saber esotérico de las guildas, o en el lenguaje alambicado de los médicos. Así se crean barreras protectoras de intereses profesionales o bien supremas Razones que los Estados levantan y pretextan.

¿Todo conocimiento es pertinente?

Esta pregunta no es sencilla. Piénsese por ejemplo en los miembros de un jurado en los países que hacen justicia por este medio. Los participantes escogidos como tribunal deben abstenerse de asimilar información que podría sesgar o trizar el sentido común y la apreciación llana, desprejuiciada de los alegatos de las partes. La ignorancia aquí es prescrita, obligatoria. Se supone —parafraseando a Adam Smith— que la suma de desconocimientos parciales lleva al conocimiento perfecto.

Asimismo, novelas policiales o dramas teatrales consiguen el necesario suspenso manipulando sabiamente el despiste, la confusión, el extravío. Quien sabe el desenlace de un tenso guión pierde interés; la obra detona antes de tiempo. Aborta.

Por otra parte, hay que considerar un género de saber esotérico que cultiva la ignorancia de los demás para vigorizar la solidaridad de los iniciados. La astrología o la literatura en torno a "las fuerzas ocultas de la mente" son casos ilustrativos. La ignorancia —o el escepticismo— de la mayoría probaría la verdad del misterio. Dialéctica extraña pero efectiva.

Joseph Hodara

Epistemológicamente, el cultivo de la ignorancia se podría justificar con el dictamen popperiano o con el principio de Göedel: ninguna afirmación es absolutamente verdadera o engañosa. A lo sumo es refutable. Por lo tanto, cualquier aserto en torno al mundo es materia de fe o de convención. Así las cosas, la ignorancia alcanzaría la misma altura epistemológica del saber.

Apertura y hermetismo

Ahora parece sencillo —o al menos oportuno— proponer una tipología de las ignorancias respecto del saber. Se sugiere deslindar géneros de conocimiento para que, por contrapunto, se arribe a una taxonomía de la penumbra cognitiva.

Propongo distinguir entre un saber *transparente* y otro *protegido*. La diferencia es cualitativa. No consiste en la medida social de acceso a las fuentes del dato pertinente sino en la latitud o con qué grados de libertad se las puede juzgar públicamente. En este orden de ideas, si la sociedad impugna la censura indiscriminada o la vigilancia caprichosa llega a un *conocimiento abierto*.

Por el contrario, el *saber cerrado o protegido* no acepta el escrutinio público. Se trata de un monopolio contextual y cognitivo. En este marco cabe incluir el así denominado "conocimiento tácito", es decir, la familia de conceptos y signos que un grupo especializado posee orgánicamente, sin reconocimiento expreso. Por ejemplo, expertos por el mismo campo de interés o por similar paradigma comparten un saber virtual, esto es, un conjunto mancomunado de supuestos que no precisan ni prueba ni enunciado.

La difusión del conocimiento cerrado o hermético debe contar con la complicidad, o la forzada participación, de toda la sociedad. Se verá pronto que ésta también produce, consume y demanda ignorancia. *Le es redituable acaso más que el conocimiento transparente.*

La dialéctica entre estos dos tipos de saber —el abierto y el cerrado— ocurre en todas las sociedades y culturas. Naturalmente, en las democráticas y en las fincadas en la cultura judeo-ateniense la apertura suele

UNA SOCIOLOGÍA DE LA IGNORANCIA

ser mayor. La profundidad histórica particular de éstas hace brotar propensiones de este cariz y rumbo, *mas no necesariamente*. En contraste, en regímenes piramidales las rutas del conocimiento tienden a estrechase, a jerarquizarse, hasta incubar ignorancia en las mayorías y superficial saber en la cúspide.

Ciertamente, las universidades en todas las latitudes se inclinaron a abrir tribunas y bibliotecas que propinan críticas sociales en la medida en que adquirieron autonomía institucional y perfeccionaron su vocación histórica. Es probable que el caso Galileo constituya una de las líneas divisorias entre la monopolización autoritaria de la sabiduría convencional y el tráfico legítimo de las ideas. Y la Ilustración estableció después como norma y utopía la pluralidad accesible, abierta, del conocimiento, así como la Romántica hizo hincapié en su recodo en las "verdades dictadas por el instinto", la intuición o el "espíritu de la época", en detrimento del "dato frío" o de la "razón inmanente" que se autodeleita en soledad.

Esta tensión entre el saber hermético y el transparente se preserva hasta hoy pero con otros ropajes. Por ejemplo, al configurarse las diferentes versiones del fundamentalismo contemporáneo, en Irán como en Estados Unidos, la tentación de la ignorancia adquirió nuevo vigor.

El conocimiento parece constituir, en suma, un gravamen excesivamente pesado, o molesto, o disfuncional para la solidaridad primordial de algunas sociedades, asaltadas por los mensajes contradictorios de la modernidad.

37

La sociedad como productora y consumidora de ignorancias

Los señalamientos que se han presentado hasta aquí pueden conducir a pensar que esta propuesta sociología de la ignorancia condensa, al final de cuentas, las estratagemas y las manipulaciones de la desinformación, que los jerárquicos estamentos de la sociedad y del poder fabulan y practican. *No es así*. La propia sociedad civil (descartaré variedades para beneficio del argumento) procrea y multiplica las fuentes de la ignoran-

Joseph Hodara

cia. Se darán dos ejemplos ilustrativos por cortesía a la inteligente brevedad.

En algunas circunstancias, los ciudadanos *mienten* con deliberación. Las encuestas fiscales y censales, para mencionar un espécimen del engaño, jamás traducen con fidelidad "rankiana" a la realidad. La tergiversación es más rentable. Rebajar o aumentar el número de hijos por familia; subestimar ingresos; simular creencias: éstas son formas convencionales de la mentira social. Su beneficio intrínseco es obvio: pagar menos impuestos, recibir más auxilio del Estado benefactor, evitar penalidades.

Esta producción de desfiguraciones se reproduce. Queda inscrita en registros; se la sacraliza a través del cómputo electrónico; y reaparece en informes de conspicuas autoridades y de graves investigadores. A su turno, la sociedad consumirá, en términos agregados y con brillante mercadotenia, lo que gestó en su modesta cápsula.

Aparte de la mentira agregada y alambicada, oriunda de la propia sociedad, hay que mencionar –siempre con intención ilustrativa– a los *estereotipos*, es decir, formas ahorrativas de enjuiciar sin justicia, de singularizar un rasgo individual y generalizarlo sin precisiones ni matices, de elogiar y de estigmatizar, con ingratitud y con despecho de los hechos verificables. El estereotipo, que abre cauce a los prejuicios y a actitudes mutiladas, disemina y legitima la ignorancia compacta o la verdad fracturada, forma inocente y excusable de la mentira. Así la sociedad se enjaula en una celda destemplada que modela por propia mano.

Porque *el miedo a la verdad* abruma al quehacer social. Pero lo propaga. Y lo goza. La información certera *espanta*: es un diluvio que subvierte nuestra capacidad de discernir; inyecta inquietud emocional por las terribles consecuencias que apareja una Revelación atinada; obliga a manumitir creencias convenientes que dispensan significado existencial, o una identidad singularizante, al colectivo y a los individuos.

UNA SOCIOLOGÍA DE LA IGNORANCIA

En suma

Examinar los componentes de una sugerida –y acaso sugerente– sociología de la ignorancia es el propósito cardinal de estos señalamientos. Muchas preguntas quedan latentes, o arrinconadas. Serán asunto de otro ensayo. Lo que pretendí establecer en este marco consiente una tesis acaso mordaz: la ignorancia no es únicamente una ausencia cultural, o una conspiración de clase, o una artimaña del imperialismo. Es una *estructura social*. Se preserva y se disemina porque actores y víctimas obtienen gratificaciones de diferente jaez o soslayan los pánicos de la verdad, sin que este autor ignore la inmanente transitoriedad de esta voz. Concluyo: *la ignorancia es poder y es alivio emocional y cognitivo*. Los analistas sociales deberán lidiar con sus múltiples aspectos y mecanismos, si en verdad procuran interpretar, con razonable lucidez, las irracionalidades que emanan de la desinformación estructurada y estructural. Así, la sociología de la ignorancia debería obtener un estatuto teórico e institucional como la añeja sociología del saber, que aún constituye la *vanidad de vanidades* de los que creen en la influencia benevolente de las altas ideas.